

HABLANDO SE ENTIENDE LA GENTE

Por Elisa Montuori



Vladimir Putin y Rigoberta Menchú en Ciudad de Guatemala, 3 de julio de 2007.

Mientras en Europa el auge de los dialectos hace de Bruselas una pequeña torre de Babel, globalmente el número de idiomas declina estrepitosamente, y con cada idioma desaparece no solo una forma de expresión lingüística, sino un modo de interpretar y catalogar la realidad. De las 6.900 lenguas que actualmente se hablan en el mundo podría desaparecer hasta un 90%. Por este motivo, y en el marco del año internacional de los idiomas, varias asociaciones proponen introducir el concepto de *derechos humanos lingüísticos* y salvar la existencia de las lenguas en peligro.

Elisa Montuori::
Estudió Comunicación Social en la Universidad Católica del Uruguay. Ha trabajado para CNN, Radio Netherlands y como corresponsal para medios de prensa uruguayos (*Posdata* y *Brecha*) desde Holanda y Alemania entre 1995 y 2004. Actualmente vive en Bélgica, y se mudará a Estados Unidos en los próximos meses.

Hace varios años, cuando el conflicto en la ex Yugoslavia alcanzaba proporciones catastróficas, un periódico estadounidense publicó una viñeta cuya gracia era que cada dos o tres cuadras se había declarado una nueva república. A pesar del tiempo transcurrido la viñeta parece tener aún vigencia, no solo para los Balcanes sino para toda Europa. Basta leer las noticias aquí en Bélgica, donde Wallonia y Flanders no se ponen de acuerdo ni en el idioma ni en el gobierno, o pasar por Cataluña, donde la enseñanza primaria se imparte en catalán y no en español. La verdad es que si cada dialecto o idioma europeo decidiese reclamar

territorio, estaríamos contando con unas 107 repúblicas independientes.

Esto no es motivo de pánico ya que, a pesar de que estemos presenciando un resurgimiento fuerte de las tradiciones y raíces locales dignas del feudalismo, los dialectos e idiomas oficiales han coexistido de forma más o menos pacífica desde la creación del estado-nación. Francia siempre ha sido citada como el ejemplo clásico del estado-nación. A más de dos siglos de la Revolución Francesa y de la declaración del dialecto parisien como lengua oficial, existen aún más de nueve millones de personas que dominan alguno de los idiomas locales no directamente relacionados al francés, como ser vasco, bretón, alsaciano, flamenco, catalán, corso u occitano. Y esto en el país que se supone es el más uniforme en Europa. Si camináramos a pie de Francia a Italia no encontraríamos dos pueblos adyacentes en los que los habitantes no se pudiesen comunicar, pero es obvio que en algún momento de este dialecto continuum habremos pasado del francés al italiano. Es más, habremos pasado de Francia a Italia, ya que las fronteras son políticas y no lingüísticas.

Como comentara Max Weinrich, la definición de un idioma es “un dialecto con armada y fuerza naval” –por eso cuando hay desacuerdos acerca del estatus de un dialecto el problema es inherentemente político y no lingüístico. El mencionado conflicto de los Balcanes, la problemática de los gitanos y el romani, o la situación de las lenguas aborígenes australianas anindilyakwa y nyikina son buenos ejemplos de cuestiones políticas revestidas de problemas lingüísticos.

En teoría, los estados democráticos deben garantizar los derechos de los grupos minoritarios. Pero si esos derechos excluyen al idioma lo que ocurre es que se pone en peligro la mera existencia de las minorías, que tenderán a ser asimiladas a grupos lingüísticos mayores. En Rusia, antes de la creación de la Unión Soviética, la biodiversidad lingüística era importante. Pero con la llegada del comunismo y el empleo del idioma ruso como agente homogenizador, la pérdida de idiomas asiáticos se aceleró gravemente. De itelmen, en la península de Kamchatka, quedan un par de docenas de hablantes ancianos. El fascinante archi, en el Cáucaso, que es tan complejo que un solo verbo puede tener hasta más de 1.5 millones de formas, cuenta ya con menos de 1.200 parlantes. Las características excepcionales del archi y cada una de estas lenguas demuestran una reflexión humana profunda sobre la capacidad de adaptación al medio. Al extinguirse un idioma, su creatividad e interpretación de la realidad desaparecen abruptamente de nuestro conocimiento común.

En el mundo se hablan aproximadamente de seis a siete mil idiomas y dialectos; ya vimos que es difícil establecer una cifra precisa. La estudiosa finlandesa Tove Skutnabb-Kangas estima que en los últimos quinientos años la mitad de los idiomas que se conocían han desaparecido, notablemente por procesos de colonización o asimilación a idiomas y culturas más difundidas. Si esta tendencia continúa, el 90% de los idiomas actuales habrá desaparecido en los próximos cien años, bajando el número de idiomas totales sobrevivientes a unos seiscientos.

Lo más preocupante de esto es que lo perdido con cada idioma que desaparece no es solo una forma de expresión lingüística, sino un modo de interpretar y catalogar la realidad, un *Weltanschauung*. Por eso es importante proteger la diversidad de las lenguas. En el marco del Año de las Lenguas de la Organización de las

Ciencia y la Cultura (Unesco), el Congreso Mundial de la Naturaleza, que se celebró en octubre en Barcelona, propuso incluir la diversidad lingüística como parte de la biodiversidad biológica. La asociación Terralingua, por ejemplo, pretende incorporar el concepto de diversidad cultural humana dentro del concepto de biodiversidad, de modo de poder proteger oficialmente a las lenguas y dialectos menores y a los grupos que los hablan, ya que sin un marco legal de derechos humanos lingüísticos se acelera la vulnerabilidad de las minorías y aumenta su riesgo de marginalización o desaparición.

Un ejemplo interesante de lo que estamos perdiendo es el de los alacalufes, única etnia sobreviviente de todas las culturas originarias de Tierra del Fuego. Se estima que la cantidad de hablantes de kawesqar no llega ni a quince personas, pues el español ha absorbido a la lengua aborígen. Es una pena ya que este idioma es un caso completamente aislado, sin conexión a ningún otro grupo de lenguas: no tiene ni números ni conceptos para jerarquías (rico, pobre) y carece de tiempo gramatical futuro (interesante, dadas las duras condiciones climáticas del sur de Chile). Contrariamente, el pasaje de conocimiento y la historia del pueblo son muy importantes: gramaticalmente el pasado tiene cuatro tiempos, uno de los cuales es el pasado místico, en el cual se cuentan los mitos orales del grupo.

Y como este caso hay varios. De tariana, en la cercanía del río Vaupes en el Amazonas brasilero, se estima que quedan menos de cien hablantes. Esta lengua incluye un componente en su gramática gracias al cual solo se puede decir algo con certeza: cabe preguntarse si quienes lo hablan pueden mentir o crear ficción. El rama en el Caribe, el saami del sur en Noruega, el penan en la isla de Borneo y el ch'orti' en Guatemala y Honduras, último eslabón de la civilización maya... todos ellos están en peligro de extinción.

Preservar los idiomas no es un acto de mantener gustos exóticos superficiales o estéticamente interesantes, sino de salvar formas de transmisión e interpretación de conocimiento. La biodiversidad cultural nos enriquece como seres humanos: que exista una lengua como el kawasqar con un tiempo verbal para contar mitos es fascinante, que permitamos que se pierda es una tragedia evitable. ■■